

La masturbación: un abordaje desde el psicoanálisis y el dispositivo de la sexualidad

Masturbation: an approach from psychoanalysis and sexuality device

Edgar Miguel Juárez Salazar¹

*Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco
México*

Resumen

El presente trabajo busca dar cuenta de dos cosas primordialmente: por un lado, el lugar que ocupan las prácticas del onanismo dentro de la teoría psicoanalítica partiendo de la infancia hasta la adolescencia y pubertad; y por otra parte, analizar los mecanismos que articulan a la masturbación dentro del dispositivo de la sexualidad contemporánea. Ambos procesos se presentan como prácticas heterogéneas que tienen que ser abordados desde una postura crítica ante los embates de las tecnologías *psi* que promueven un *sobresaber* de la sexualidad y que crean una tecnificación y regulación de los métodos de la sexualidad de los sujetos. Procesos que, a su vez, propician un encauzamiento de las conductas sexuales y que establecen un dispositivo sexual limitado a una estandarización normativa de los comportamientos sexuales del sujeto en relación a su cuerpo. Estas posiciones del sujeto se encuentran también en un cruce entre los mecanismos de poder-saber que no sólo originan prohibición sino, de igual forma, una discursividad permisivo-prohibitiva entre el sujeto, sus prácticas sexuales y su capacidad para resistir a la adecuación de su sexualidad. Las aproximaciones del psicoanálisis y los planteamientos sobre el dispositivo de la sexualidad permiten problematizar el saber de los sujetos sobre su sexualidad dentro de una crítica a sus propias prácticas sexuales en la sexualidad contemporánea.

Palabras clave: dispositivo, masturbación, onanismo, poder, sexualidad

Abstract

This paper seeks to refer two things: on the one hand, the place of masturbation practices within psychoanalytic theory from the infancy to adolescence and puberty; on the other hand, it analyzes the mechanisms that

¹ Maestrante en Psicología Social por la Universidad Autónoma Metropolitana. Contacto: edgar.jusan@gmail.com

articulate masturbation within the contemporary sexuality. Both processes are presented as heterogeneous practices that need to be analyzed from a critical position against the onslaught of the psi technologies that promote a normative knowledge about sexuality and raise a regulation of the sexuality methods in the human subject. Such processes attempt to canalize and standardize sexuality by limiting sexual behaviors in the human subject and his own body. These subject positions are also a junction between the mechanisms of power-knowledge that not only produce prohibition, but also originate a permission-punishment discourse between human subjects, their behaviors and their capacity to resist the adequacy of their sexuality. Different approaches from psychoanalysis and sexuality allow us problematize the knowledge of subjects about their sexuality within a critique about their own sexual practices in contemporary sexuality.

Keywords: device, masturbation, onanism, power, sexuality

Introducción

La masturbación en la historia del sujeto ha sido un concepto que introduce una constante lucha entre la dicotomía rectora de la prohibición y la permisividad. Los tratamientos de la sexualidad y la masturbación han obedecido a distintas coyunturas de saberes y hegemonías interpretativas que sostienen dicha división y promueven un ejercicio estratégico del poder y sus avatares; posturas que inherentemente tienen relación con el desarrollo sexual de los sujetos desde la infancia hasta la edad adulta.

Primeramente, el trabajo tratará de dar cuenta de la reconstrucción del concepto de onanismo realizado por Freud en dos momentos de su obra, los cuales refieren a una formulación propiamente *freudiana* en cuanto a la relación de la masturbación y las teorías sexuales elucidadas por el médico vienés. Tales teorías fueron motivo de sus desarrollos primigenios respecto de la sexualidad infantil y el territorio que representan en la neurosis y en el individuo ulterior en sí. El abordaje freudiano busca dar pistas para poder completar un pasaje por las etapas de cimentación de la fijación del niño y sobre cómo aparece la masturbación en la sexualidad de manera posterior al periodo de latencia. En el mismo sentido analítico, revisaremos la postulación de Lacan respecto al goce idiota y la implicación con el goce *uno* y la soledad.

En un siguiente apartado, trataremos de abordar la temática del dispositivo de la sexualidad y cómo es que éste se profiere dentro de la conformación de un posicionamiento del sujeto respecto de su sexualidad y las prácticas prohibitivo-permisivas que realizan una paradoja discursiva en la que el sujeto debe asumir desde su *devenir sujeto* su sexualidad mediante la conformación de un dispositivo que lo erige dentro de la relación poder-saber y el dispositivo mismo.

Finalmente, debemos referir que la intención de crear un artículo relativo a la masturbación y a las ideas aportadas por el psicoanálisis y la teoría foucaultiana, no busca emparentar o reconciliar ambas posturas; por el contra-

rio, indaga sobre el cómo se conforma un eje de resistencia hacia las concepciones psicologizantes de las tecnologías *psi* que suelen mostrarse indómitas y cada vez más frenéticas ante el sujeto, su constitución y su sexualidad.

La masturbación: un abordaje psicoanalítico

La masturbación, para el abordaje psicoanalítico, ha tenido referentes aleatorios y de una profundización relativamente menor en comparación con algunos otros conceptos que han sido más reflexionados por quienes escriben desde y para el psicoanálisis. Las prácticas de la masturbación no ocupan tampoco un lugar predominante en la obra de Freud y, en Lacan, se posicionan discursos escuetos sobre la interpretación del sujeto y el onanismo. Lo anterior, nos ubica ante un trabajo necesario y de igual forma azaroso, por lo que trataremos de plantear ciertos puntos de clivaje conceptual desde Freud hasta Lacan.

Para comenzar, debemos referir que el cuerpo para el psicoanálisis obedece a una relación con el Otro, la existencia de una dialéctica enmarcada por el lenguaje permite elucidar la pertinencia de las prácticas sexuales en el entendimiento de que el cuerpo es aquello que se vive en lo real y en su contigüidad simbólica e imaginaria. La ilación de estos tres registros nos resulta necesaria para enmarcar las posibilidades que permiten mascullar una sexualidad destinada al Otro y también a lo *uno*.

Como punto de partida de nuestra profundización, abordamos a Freud (1905/1992) quien en un momento inicial de su obra apuesta por reseñar “tres fases en la masturbación infantil” configuradas a su vez en tres momentos que van desde el “periodo de lactancia” pasando por “un breve florecimiento de la práctica sexual hacia el cuarto año de vida” y finalizando con “el onanismo de la pubertad” (p. 171). Momentos en los cuales para Freud existe una constante “frotación con la mano o en una presión” (p. 171) que resulta en las acciones masturbatorias que ejercen cierto placer al niño después de la superación de una primera fase oral del desarrollo sexual.

Para Freud (1905/1992) después del lugar de la lactancia, la necesidad del onanismo acontece en el infante en una forma de “segunda activación” la cual dejará en el niño una “determinación del desarrollo de su carácter” (p. 172). En otras palabras, el acontecimiento de una forma segunda de la sexualidad infantil remitirá a una construcción de la sexualidad que tiene una regresión a un momento secundario infantil previo que aparece en la masturbación posterior como reminiscencia.

No obstante, debemos recordar que el trabajo freudiano brota en este primer instante en un lugar de indagación sobre la teoría psicoanalítica, lo cual nos hace representar únicamente la conformación de una sexualidad segmentada a raíz de los avatares de la vida anímica del niño y su evolución. Más adelante, Freud (1908/1992) va a fundamentar la existencia de “algo prohibido” (p. 191) en la sexualidad de los niños a condición de la

suplantación de las palabras y el uso de las metáforas como mecanismo de desplazamiento de los lugares de la sexualidad que permiten edificaciones simbólicas dentro de la sexualidad infantil y que se mantienen a través de la cultura y el ejercicio que ésta hace dentro de la sexualidad de cada uno de los niños en etapas subsiguientes de su desarrollo.

Para Freud (1908/1992), el niño atribuye condiciones hacia poseer o no un pene y los efectos que esa ausencia -o presencia- pueden suscitar en el psiquismo del niño, en palabras del médico vienés: “el descuido de la diferencia de los sexos (...) consiste en atribuir a todos los seres humanos, aún en las mujeres, un pene” (p. 192). Más allá de un “falocentrismo” freudiano que puede ser criticado, a nuestro parecer, Freud no está refiriendo al pene de manera unitaria de órgano, por el contrario, hace alusión hacia encontrarse en falta de algo, que sin duda no es un “no tener” sino una ausencia.

Reflejado de manera posterior, el niño que cree tener ese pene se da cuenta en la imago del órgano sexual de la niña (al ver que esta no tiene pene) que el órgano ha caído por acción de una castración que, evidentemente, tiene lugar únicamente en su universo simbólico y de la cual acontece una represión reflejada en toda su sexualidad posterior.

Dichas condiciones, promueven una posición de la sexualidad infantil diferente, condensada y maniatada por el lenguaje y sus efectos. Para una muestra de la práctica lingüística basta enunciar que la masturbación y sus consecuencias deben manifestarse en algo menos conflictuante y revelador, entonces se eligen términos como onanismo e incluso autoplacer -dentro de las nuevas concepciones “psi” de la sexualidad-, cuestión para dar cabida a una discursividad reprimida e imposibilitada para decirse.

Hemos dilucidado que el pene y el clítoris pueden aparecer como lugar del erotismo primero y dar paso en su frotamiento a una vivencia solitaria de placer. Aunado a esto, debemos incidir que ese placer autoerótico tiene que verse mezclado con una función fantasmática que se presenta en el sujeto adulto como una situación de reminiscencia a un periodo previo y que continuamente está relacionado con la simbolización que, comúnmente, los padres han dado a la sexualidad del niño y que aparecen como lugares de lo inconsciente; de suerte que no rara vez, se anuda a ellos un quehacer sexual masturbatorio y algún desasimiento afectivo respecto de los padres (Freud, S. 1908/1992, p. 199).

Es pertinente enmarcar aquí que la intención de Freud (1908/1992) puede ser en cierto momento la búsqueda del niño sobre “la satisfacción del apetito de *saber*² sexual” (p. 201). Función que se ha enmarañado a través del tiempo y que obedece directamente a un *saber* sobre sí mismo y la disposición de una sexualidad que implica también la forma en la que el niño se relaciona con el Otro y con su misma historia; lo cual puede dar cuenta no sólo de una sexualidad conformada de maneras diferentes en cada su-

2 Las cursivas son nuestras.

jeto sino también de la importancia del ejercer la palabra sobre el niño y el poder que ésta manifiesta en la sexualidad.

Posteriormente, podemos concebir que ese saber de uno se conformará en ese discurso que se vuelve inconsciente y solitario. De esta manera, en el sujeto existe una fijación a una soledad previa, a una etapa primera de *confort* antesora de una estructuración secundaria que dará lugar a un onanismo solitario que lleva al sujeto a estar con sí mismo y al lugar del *uno* sin tener lugar el Otro.

Una nueva puntualización interesante aflora cuando descubrimos que para Freud parece no haber un lugar de prohibición o juicio hacia la masturbación, empero, la establece como una adicción en un sentido primero y ligado sustancialmente al autoerotismo del niño y a su fantasía que lo hace regresar a un estadio previo de su maduración sexual inconsciente.

En ese sentido, indica también Freud, que esa adicción a la masturbación está en íntima relación con el autoerotismo (Naparstek, 2009, p. 144). Lo anterior emplaza a pensar en la existencia de temporalidades de la sexualidad infantil que encuadran cierta repetición y que resultan cruciales para entender una sexualidad posterior a la pubertad. Esto dispone también el juego autoerótico y narcisista del sujeto adulto como una forma de estabilidad sintomática puesto que el síntoma desde el entendimiento del psicoanálisis puede también ayudar al yo para alejar aquello que resulta riesgoso en la sexualidad y en la vida; un ejemplo resulta de llevar al sujeto al contacto con el *partenaire* sexual y la experiencia traumática que puede surgir del encuentro.

En un momento posterior, Freud (1912/1992) alejándose de los planteamientos de Stekel respecto de la masturbación con relación al carácter dañino de la práctica onanística, propone que “el onanismo corresponde en lo esencial al quehacer sexual infantil y, luego, a su mantenimiento en años más maduros” (p. 260). La relevancia de la defensa freudiana de su tesis contra el planteamiento de Stekel nos concede apuntar que el trabajo de Freud con la masturbación va más allá del simple hecho de concebir los quehaceres y prejuicios que implican la masturbación de manera directa e inmediata en la línea de la prohibición o los daños al organismo que eran muy referidos en su época.

En otras palabras, para Freud la disposición de una práctica masturbatoria va a estar designada a un trabajo dinámico en cuanto a las posiciones del yo y la sexualidad que éste ha adquirido en la conformación de su neurosis; si algo ha fallado en la represión y deviene sintomático nos muestra que la masturbación es sólo un efecto estructural del mecanismo psíquico que ha fallado en su represión.

En el mismo sentido, Freud (1912/1992) describe que pueden existir tres vías de daño a causa de la masturbación: un “daño orgánico” en consecuen-

cia de la “desmesura y la satisfacción inadecuada”³; por otro lado, una “arquetipicidad para lo psíquico” ya que de esta manera “no se requiere aspirar a la alteración del mundo exterior” y por último, “posibilitar la fijación de metas sexuales infantiles y la permanencia en el infantilismo psíquico” (pp. 260-261). De estas tres posibilidades desprendemos la condición de apartamiento del mundo exterior y de la otredad como mecanismo rector del comportamiento del sujeto onanista, quien escapa a la consolidación de zonas imaginarias que le impiden enfrentar precisamente el riesgo de un ser barrado y de un Otro que lo designe como ente de palabra dentro de un universo simbólico que parece amenazante y que da lugar a cierta tranquilidad en el ejercicio de una sexualidad *unaria*.

Esta sexualidad expuesta por el psicoanálisis narra de igual forma posiciones de gozar del cuerpo y asimismo del lugar que ocupa ese mismo goce para el sujeto. El concepto mismo de goce es complicado desde el abordaje planteado por Lacan a lo largo de su obra, para nuestra finalidad únicamente referiremos al goce fálico, un goce que como lugar ha sido descripción futura de una génesis infantil.

Sin embargo, la disposición de un goce fálico conviene situarla dentro de un goce del órgano propiamente. Para Lacan (1972) “el goce, en tanto sexual, es fálico, es decir, no se relaciona con el Otro en cuanto tal” (p. 17). Lo anterior nos sugiere que el hombre no puede dar cuenta del goce enteramente pues ha de gozar de un órgano perdido, barrado en el universo simbólico y de ello precisamente da cuenta la mujer como *parternaire* sexual descubriendo que eso que ha caído, el órgano simbólico es lo que se tiene en juego en el acto sexual y para esa posición es necesaria la presencia del Otro.

En la misma línea, Lacan (1972/2008) va a describir al goce fálico adquirido en la masturbación como el “gocce del idiota” (p. 99) tomándolo de su raíz griega *ídios* que representa de manera general a “lo privado” o a “lo singular”. Posición que sugiere la existencia de un goce ligado directamente a un condición privada del sujeto sin una clara intervención del Otro. Retomando lo anterior, planteamos que el goce del órgano impide una relación sexual porque ésta se encuentra referida en una imposibilidad a partir de la intervención del Otro y, desde luego, de la palabra que arroja al sujeto a una soledad propia del lugar del goce.

Como señala Castrillo (2013) “es verdad que en el fondo el goce es idiota y solitario pero también es verdad que no todo en el ser parlante responde al régimen de este goce autista, de este goce de lo Uno” (p. 241). Este planteamiento nos propone que el goce sin la intervención del Otro como el tesoro de significantes alude únicamente a un lugar del *Uno* condenado a una soledad de la que se escapa entregándose al goce del Otro. Lo anterior,

3 Creemos que la referencia de Freud a este daño orgánico se encuentra propiciada por tratarse de una conferencia de médicos hablando del onanismo y que él diplomáticamente refiere en este apartado un contundente: “citados por ustedes”.

promueve el lugar de la palabra y las conformaciones necesarias para que el significativo y el Otro se encarnen en el cuerpo del sujeto. Empero, es interesante cuestionar si es allí dónde precisamente la masturbación encuentra lugar como la práctica hacia el sí mismo, y sin mediar goce con el Otro esto lo hace escapar de sus artífices para constituir una sexualidad solitaria y resistente a la emergencia de la simbolización.

Para finalizar, señala Goldenberg (2009) que “el desamparo originario nos acompaña toda la vida. Va variando las formas que asume según las épocas y los sujetos. Desde el goce autista del consumo a la soledad del síntoma neurótico” (p. 3). Parece, en ese sentido, que la eterna condena del sujeto contemporáneo se debate entre esas mismas tramas que conducen a la soledad y a la sustitución del contacto con el Otro por un lugar que implique un momento de retracción al compromiso del lazo social.

La masturbación, un lugar en el dispositivo sexual contemporáneo

La masturbación durante todo el largo trayecto ha tenido que recorrer dentro de la sexualidad humana ha ido desde un misticismo absurdo de señalamiento y simbolización prohibitiva hasta una permisividad indicada por las tramas de la discursividad; ante los embates de un mundo capitalista hegemónico a lo largo de las prácticas de la sexualidad en el siglo XX⁴ había que utilizar formas menos incisivas para remitir a esos actos de soledad y, sobretodo, había que indagar en los sucesos mismos de una sexualidad cada vez más abierta. En razón de estas nuevas posturas de *apertura* de la sexualidad diversos nombres “alternativos” definieron la masturbación, la metáfora como lugar primordial inundó la terminología para referir el acto sexual de la masturbación.

Hoy en día es constante que se utilicen diversas metáforas para designar a la masturbación. Desde la representación del onanismo y la génesis bíblica de esa palabra hasta los términos coloquiales del siglo XXI, el acto de la masturbación ha tratado de oscurecerse y mitificarse discursivamente desde el momento del nombramiento propiamente dicho del acto masturbatorio.

Entrando en materia, debemos acordar nuestro posicionamiento ante lo que es el dispositivo. En este sentido, creemos con Agamben (2011) que “el dispositivo resulta del cruzamiento de relaciones de poder y saber” (p. 250). En torno a esto, la masturbación y el lugar de las prácticas solitarias de la sexualidad se encuentran implicadas en unidades que conducen a relaciones de intercambio entre las relaciones de poder y las vicisitudes de las prácticas de una sexualidad limitada por el ejercicio estratégico del poder dentro del dispositivo de la sexualidad en los sujetos.

4 Con esto no referimos que no existan articulaciones previas a la masturbación en siglos anteriores. Para dar cuenta de ello se pueden consultar los trabajos realizados por Michel Foucault sobre la sexualidad en los siglos XVI y XVII.

Por otro lado, Agamben (2011) indica igualmente que “los dispositivos deben siempre implicar un proceso de subjetivación, deben producir su sujeto” (p. 256). De este modo, el lugar del sujeto producido por el dispositivo de la sexualidad contemporánea es, a nuestro parecer, la elaboración misma de un lugar donde el sujeto viene a establecerse desde las relaciones que se tejen entre los individuos y sus concomitantes hasta las posteriores estrategias que el poder designe convenientes para su perpetuidad. El sujeto entonces, es aquí, un lugar emergente que adquiere el peso de incrustarse dentro de un dispositivo que lo señala y lo delimita en su acción.

Este dispositivo, en el que acontece la sexualidad, parece que sigue siendo determinado por una tendencia a ese *sobre o necesidad* de saber de la sexualidad que refiere Michel Foucault (1976) puesto que de manera repetitiva preguntamos al sexo “acerca de lo que somos y no tanto al sexo-naturaleza sino al sexo-historia, o al sexo-significación o al sexo-discurso” (p. 74).

Con esto, la emergencia de un dispositivo discurre en un actuar histórico y discursivo que se encuentra matizado por la constante necesidad de saber cada vez más sobre la sexualidad y sobre las prácticas que lleven a una sexualidad plena; como si fuese un mandato omnipresente que conlleva a los sujetos a un conocimiento de una sexualidad que paradójicamente ya no es la de ellos sino un lugar que ha sido construido por el dispositivo sexual que se articula sobre y desde los individuos devenidos sujetos.

De igual forma, Foucault (1978/2007) delimita que “el fenómeno del ‘sobresaber’ quiero decir un fenómeno de saber en cierta medida, excesivo, multiplicado, de saber a la vez intensivo y extensivo de la sexualidad, no sólo en el plano individual sino también en el plano cultural” (p. 10). En este sentido, las dinámicas de abordaje de la masturbación acatan una dicotomía paradójica de la práctica sexual de la masturbación dado que, por un lado puede ser condenada y prohibida, empero, por el otro, se despliega sobre ella una disposición de *saber-control* sobre el propio cuerpo que puede dar lugar, a su vez, primeramente a un sujeto mediatizado por el poder de su sexualidad y posteriormente, a un sujeto controlado como efecto de la estrategia del dispositivo.

En torno a la instauración del dispositivo de la sexualidad nos dice Foucault (1976/2011) “el sexo es colocado bajo un régimen binario: lícito e ilícito, permitido y prohibido” (p. 78). Aquí, la masturbación se encuentra pronunciada en uno de esos lugares adecuados para sus prácticas. La condición del onanismo y el practicante obedece a toda una historicidad de la sexualidad desplegada por las estrategias del poder implementadas para el control y la práctica de la sexualidad desde la discursividad hasta las edificaciones arquitectónicas pasando por las prácticas psiquiátricas y psicológicas que han elaborado un manual del correcto practicante de la sexualidad.

Aquí, la psicología y sus manuales parten de la condición *sine qua non* de la cuadratura *psi* que ha ayudado notablemente a la reproducción de es-

tos sistemas de poder-saber en los cuales la sexualidad debe ser confinada y limitada a espacios establecidos y prácticas comunes que obedecen a una normalidad llevada hacia los límites que configuran extremos de la representación de lo patológico como ese lugar que hay que evitar a toda costa si se quiere estar en la norma.

Por otro lado, en la interacción discursiva entre la sexualidad y el dispositivo se alude que la existencia del poder es tolerable sólo con la condición de enmascarar una parte importante de sí mismo (Foucault, 1976/2011). En otras palabras, el poder como lugar dentro de la sexualidad del sujeto debe exponerse como una especie de silencio que permita que su ejercicio parezca casi imperceptible para el sujeto y que, sin embargo, domine su acción en relación con su sexualidad. El ejercicio del poder y el control de la masturbación se encuentran mediatizados en cuanto el poder es introyectado por el sujeto y este se juzga por el acto *prohibido* de la masturbación. Es decir, el poder como indica Foucault (1976/2011) no es “la dominación ejercida por un elemento o un grupo sobre otro” (p. 86). Sino que representa ese control operando desde el mismo psiquismo del sujeto.

Son también las relaciones del dispositivo las que desarrollan un sistema de valores y juicios sobre las prácticas sexuales. Evidentemente, el onanismo como una práctica solitaria del sujeto no puede sino ser juzgada por la misma moral imperante en el dispositivo de la sexualidad puesto que, de manera inicial, esa conducta solitaria y reservada para el sujeto puede conducir también a una disyuntiva entre la realización de prácticas *comunes* discursivadas mediante el control de la sexualidad y un lugar para sí mismo del sujeto. En esta línea, nos dice Foucault (1984/2009) que “toda acción moral implica una relación con la realidad donde se lleva acabo y una relación con el código al que se refiere, pero también implica una determinada relación consigo mismo” (p. 29).

Para finalizar este apartado, debemos señalar que las condiciones de la masturbación necesariamente se encuentran enmarcadas en los límites de una *scientia sexualis* como menciona Foucault (1976/2011, pp. 51-72); no obstante, la discursividad que emerge dentro de esta práctica propone un ejercicio destinado hacia sí mismo, condición que implica un reconocimiento del lugar ético que se ocupa dentro de ese dispositivo y precisamente en cuanto a esa pregunta sobre el sí mismo, pensar en el cómo la masturbación escaparía a un designio ambivalente⁵ instaurado por el *sobresaber* sexual.

Conclusiones

La amalgama de teorías articulada en el texto no obedece a fomentar la discusión planteada por Foucault en torno a las disposiciones del psicoanálisis como práctica pastoral sino como andamiaje para encontrar el lugar de la

5 Prohibición-Permisividad

masturbación dentro de las prácticas de la sexualidad. La transversalidad entre las concepciones del psicoanálisis y la teoría *foucaultiana* coinciden precisamente en la forma disidente de abordar la problemática del cuerpo y el lugar de incursión del dispositivo de la sexualidad en torno a los diversos abordajes del onanismo que se alejan de una represión o control patológico psicologizante.

El pasaje del entendimiento de una sexualidad problemática alude primero a un plano donde el cuerpo no se encuentra mediatizado de manera autónoma, siempre se halla domeñado por el lugar de la otredad y sus andamiajes simbólicos que dan cuenta también de una discursividad propia. La práctica de una sexualidad infantil *reprimida* deviene en un sujeto que se encuentra a merced de un erotismo que no ha decidido plenamente como lugar propio de su cuerpo. De suerte que el control de su cuerpo y su sexualidad es todo un conglomerado de discursos que se erigen como referentes históricos y de *saber* sobre una entidad corporal que se desconoce.

Por otra parte, la propuesta freudiana de una sexualidad infantil, quizá, contribuye a una construcción de la sexualidad controlada y ejercida repressivamente sobre los sujetos; no obstante, de igual forma describe también a una disposición de la infancia como una génesis de dominación de las pulsiones y la búsqueda de un lugar de la sexualidad del cual no se había dado referencia previa en cuanto a los postulados teóricos dentro de la medicina contemporánea a Freud.

El descubrimiento freudiano de la sexualidad infantil que puede parecer *hic et nunc* “desfasado” dio cuenta de las comarcas que ocupaba el deseo dentro de la sexualidad del individuo y eso escapa a las interpretaciones *psi* que en nuestros días figuran como alimento de un *sobresaber* sobre las prácticas del onanismo y del ejercicio de la sexualidad como tal, teniendo como efecto una sexualidad que se vive como un ejercicio pleno del poder a través del sexo.

A fin de cuentas, plantear una coyuntura entre distintas teorías que incluso parecieren yuxtapuestas, busca dar un entendimiento diferente de las prácticas sexuales del sujeto en aras de una suerte de resistencia a los embates del entendimiento psicológico-punitivo dentro de la sexualidad de los sujetos que permitan postular una sexualidad alejada de una condición de dispositivo y que continuamente cuestione desde su soledad su condición en el mundo.

Referencias

1. Agamben, G. (2011). ¿Qué es un dispositivo? *Sociológica*(73), 249-264.
2. Castrillo, D. (2013). El estatuto del cuerpo en psicoanálisis: del organismo viviente al cuerpo gozante. En J. Rivera de Rosales y M. d. López Sáenz, *El cuerpo. Perspectivas filosóficas* (págs. 207-242). Madrid: UNED Ediciones.
3. Foucault, M. (1976/2011). *Historia de la sexualidad Vol. 1 La voluntad de saber*. (U. Guiñazú, Trad.) México: Siglo XXI.
4. Foucault, M. (1978/2007). Sexualidad y Poder. En M. Foucault, *Sexualidad y Poder* (y

- otros textos) (Á. Gabilondo, Trad. pp. 7-52). Barcelona: Ediciones Folio.
5. Foucault, M. (1984/2009). *Historia de la sexualidad Vol. 2 El uso de los placeres*. (M. Soler, Trad.) México: Siglo XXI.
 6. Freud, S. (1905/1992). Tres ensayos de teoría sexual. En S. Freud y J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud obras completas* (J. L. Etcheverry, trad.), (Vol. VII pp. 109-224). Buenos Aires: Amorrortu.
 7. Freud, S. (1908/1992). Sobre las teorías sexuales infantiles. En S. Freud y J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud obras completas* (J. L. Etcheverry, trad.), (Vol. IX pp. 183-202). Buenos Aires: Amorrortu.
 8. Freud, S. (1912/1992). Contribuciones para un debate sobre onanismo. En S. Freud y J. Strachey (Ed.), *Sigmund Freud obras completas* (J. L. Etcheverry, trad.), (Vol. XII pp. 247-264). Buenos Aires: Amorrortu.
 9. Goldenberg, M. (2009). Soledades. *Virtualia*, 19, 3-4. Recuperado de <http://virtualia.eol.org.ar/019/template.asp?variedades/goldenberg.html>
 10. Lacan, J. (1972/2008). *El Seminario Libro XX Aún*. Buenos Aires : Paidós.
 11. Naparstek, F. (2009). La masturbación como adicción primordial: la toxicidad del síntoma. *Anuario de Investigaciones*, 16, 143-146. Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-16862009000100052&lng=es&tlng=es.

Recibido: 30 de septiembre de 2014

Revisado: 15 de diciembre de 2014

Aceptado: 23 de marzo de 2015